

## Kurt

## Espías y experimentos.

En la mitad de la nada, pero rodeados de todo vivimos. En un pequeño pueblo con suerte, que se sostiene con una mano a la otra. Podría ser la definición para cualquier pueblo perdido, pero este está particularmente perdido, entre arboles al norte y el este, separado por tierra seca al oeste y al sur. La población es menos en cantidad de lo que podría ser, lo que nos deja disfrutar más de lo que tenemos, aunque nos sintamos muy solos a veces, pero eso se suele arreglar con una visita a nuestros vecinos.

Los infantes aprenden en casa, no hay escuela, eso es únicamente para los que aspiran a trabajar fuera en algo específico, cazar sueños. Los demás terminan trabajando en el pueblo, en granjas de las afueras o en los mercados del centro. Y otros simplemente disfrutamos de la vida, aunque todos digan que hacemos el holgazán.

La zona en la que vivo es la que tiene las casas más grandes, pero de una forma extraña, están más cerca una de la otra que en el centro o en las extensas granjas de las afueras. Si me asomo por la ventana de mi cuarto puedo ver perfectamente a mi vecino al otro lado, incluso con las dos ventanas cerradas puedo escuchar lo que hace. Aniquila la intimidad, suprime la libertad, por lo menos a mí, que intento estar fuera del alcance de los vecinos todo el día. No quiero que nadie sepa lo que hago casi las veinticuatro horas, me enferma.

En mi casa, la existencia de paz es una mentira ensayada que dura unos cuarenta minutos, después de esos cuarenta minutos alguien encuentra una excusa para poder discutir, enfadarse, gritar o romper algo. No tiene nada que ver con el maltrato, no se parece en nada a una mal convivencia, es como si lo necesitaran.

De forma general pienso que las personas necesitan un sentimiento o problema para vivir, es normal, hasta cierto punto, después parece un juego de niños. Ese sentimiento puede ser el amor, la cercanía, los besos y abrazos. Otras veces la discusión, la ira inexplicada, molestar al otro. En fin, llaman la atención para que los demás recuerden que existe y que necesitan que alguien les grite o les abrace, necesitan sentir al otro. Sino, creo firmemente que explotarían de forma literal.

Éste teatro ilógico, o corre que te pillo existencial, lo forman cinco miembros incluido yo. Ronald. El abuelo, al que respetamos todo grito y teatro que monte por ser el constructor de la familia y principal fuente de sabiduría de la casa. Ése es el trato y función que yo le doy, así consigo también que se sienta útil o necesitado en casa, donde todos le ignoran. Si no está en su cuarto viendo westerns antiguos, está en el bar con viejos amigos del pueblo. A veces pienso que los demás solo esperan a que muera para hacer de su cuarto algo de provecho y no la habitación de hospital que parece.

Mi padre. Will. Busca enterarse de todo y termina más confundido que al principio. Su trabajo en la oficina del ayuntamiento le quita mucho tiempo, pero aún así consigue sacar tiempo para meter las narices donde sea, para discutir con mi madre, (o como yo lo llamo, "Cumplir el papel") y en secreto, pero no tanto, ver películas porno. Y digo "no tanto" porque todos sabemos que las ve, pero nunca nadie se lo va a decir. Es una persona de mucho orgullo y mucha sed sexual. A mi hermano y a mí nos extraña que no visite algún bar con prostitutas, sinceramente le vendría bien.

Mi madre. Margaret. Necesitada de acción constante en su vida para tener algo que contar a sus amigas. Sus amigas son de las casas vecinas que forman la manzana, son casi veinte casas como la mía las que la forman, así que ya podéis imaginar cuantas amigas frecuentan ése comité de charla. Desde abuelas de cada familia y las madres junto a sus hermanas, hasta las hijas, niñas adolescentes que no hacen otra cosa que hurgar en las vidas ajenas. Además de sacar a relucir cualquier detalle, o pelear por el consuelo de las otras vecinas contando las penas y problemas de cada una, también suelen organizar buenas fiestas, funerales y bodas en todo el pueblo. Hace unos años decidieron romper las cercas y vallas que limitan los jardines de cada casa de la manzana, creando en el centro de ésta, lo más parecido al pentágono. Entre adornar la casa de forma constante, montar líos y poner música a todas horas, mi madre suele subrayar palabras al azar de las revistas que compra para el comedor. No sé con que finalidad.

Por último está mi hermano. Melvin. En el día lo podemos encontrar en su habitación construyendo maquetas de aviones, barcos y coches de época, por la tarde suele ayudar en el taller de un amigo por un pequeño sueldo, aunque él lo haga solo por gusto. Y por la noche sale a no sé dónde. No vuelve hasta la madrugada cuando todos duermen. Utiliza su libertad para escapar de los vecinos al igual que yo. Nos llevamos muy bien por compartir ése hábito. De vez en cuando hablamos en su habitación con la música alta, intercambiamos protocolos para no ser detectados por los vecinos y también hablamos de lo cansados que estamos por no tener privacidad e intimidad nunca. Desde unos meses atrás ha dejado de comprarse maquetas, está ahorrando para comprarse un coche del taller e irse para siempre. Espero que me lleve con él.

Me desperté a causa del ensayo infinito del vecino. Toca muy bien el violín. En ocasiones da gusto

escucharlo, otras prefiero morirme. Los sentimientos fluyen en su obra al igual que en él, por eso adivino con exactitud como se siente cada día, es un hombre bastante sensible. Apenas discute con su mujer, prefiere aguantar, agachar la cabeza y amarla después cuando todos los problemas pasen, a pesar de lo irritable que es ella. Para mi suerte lo tengo literalmente al lado, su ventana está pegada a la mía, separada únicamente por un metro de césped y un muro tapado por verdes enredaderas. Siempre que discuten ella se va a casa de alguna amiga (Suele ser la mía) y beben alcohol hasta hartarse (Con mi madre). Él sube a ensayar, a despejarse, y entonces es cuando yo lo escucho en la habitación tocando el violín y llorando a la vez.

Salí al pasillo vestido, preparado para salir. Mi hermano tenía la puerta abierta, y desde dentro, arrodillado en la cama mirando por la ventana que da al jardín, me hacía señas alarmantes con las manos indicándome que salga de casa cuanto antes. Supuse que tenía que ver con mamá, es la que monta los líos con más frecuencia. Fui al baño y bajé a la cocina en menos de tres minutos. Me tomo en serio las indicaciones de mi hermano. Pensándolo así, podría engañarme cuando quisiera, pero cuando se trata de un asunto familiar sé que no es mentira. Me llevo dos emparedados hechos con anticipación la tarde anterior y una botella mediana de Coca - Cola. Puedo escuchar los gritos de mamá viniendo desde el jardín. Pienso que los gritos no son para nadie en concreto, es como si repartiera la primicia a ver quien la escucha.

Ya estoy fuera. En total cinco minutos. El tiempo es algo sumamente importante en nuestra rutina, pero más todavía para mí. El día no es caluroso aun estando en verano, en la calle, a las 14:26. Abro la valla que me separa de la acera y giro a la derecha. Escapo una vez más del infierno que puede llegar a ser una casa o la convivencia.

Me dirijo a casa de Bob, mi mejor y único amigo. Vive en la manzana que está a la derecha de la mía. Aunque mi madre dice que es un chico de la manzana

enemiga, yo me llevo bien con él y su familia. Hace tiempo estos dos grupos de casas están en disputa. En realidad la disputa solo existe en la mente de las personas que viven en mi manzana. Para ser exacto, en la mente de la mayoría de las mujeres que viven en mi manzana.

Casi llegando al cruce y límite de una manzana con la otra, alzando la vista, veo en el tejado de la esquina a Terry Newman. Los vecinos afirman que está loco, todos los que lo conocen lo llaman a sus espaldas "El-sin-remedio" o "Astro-esquizo" o simplemente Terry el loco. Las burlas y afirmaciones se deben a que Terry investiga, entre otras cosas que desconozco, la proyección de las sombras en distintas estaciones. Esta tarea es muy vistosa, ya que necesita la luz solar en el mejor momento, momento en el que también están fuera las vecinas fisgoneando.

De vez en cuando me invita a su casa y me presta sus libros. Me cuenta como van sus investigaciones y a que apuntan sus especulaciones. Lo que los vecinos desconocen es que Terry, sin estudios ni idea sobre nada de nada, ha estado viajando fuera, viviendo en apartamentos durante meses para asistir como oyente en distintas universidades. Clasificado como otro holgazán de nuestro pueblo, sus teorías no tienen oídos ni mentes para ser compartidas. Sólo yo, que me considero afortunado, escucho y leo sus notas. Además de su obsesión por las sombras y la oscuridad, investiga a fondo las veinticuatro horas los "ruidos sin importancia" y la influencia que tienen sobre los seres vivos o la naturaleza misma. Terry también estudia la relación que tienen sus propios cambios en las demás personas. Todo esto lleva mucha descripción y ejemplos que podré citar de vez en cuando, que es cuando tengo el honor de visitar a Terry. Siempre que lo veo recuerdo una frase suya, anotada en una hoja perdida de sus libretas llenas de anotaciones. La frase dice: "La sombra es algo más que la prueba de nuestra tercera dimensión, en el haber de la sombra están las demás dimensiones".

Terry, junto a un balón de fútbol clavado a su antena, toma fotos de la sombra del balón proyectada en el pavimento cuando me ve pasar. Yo miro la sombra, después alzo la mirada hacia su tejado y me saluda levantando la mano con los ojos achinados por el sol.

¡Eh, ya termina el verano! - Me grita sonriendo.

¡Si Terry! ¿Ha dejado algo bueno para ti?

¡Ven por la noche si te apetece! ¡Tengo cosas que contarte!

Asiento con la cabeza y cruzo a la manzana de Bob. Escucho el duro carraspeo de alguien mayor, y pensando que me llamaban la atención por algo miro atrás. En la casa que está a la izquierda de Terry veo en la ventana una mujer mayor, que ahora cierra las cortinas veloz. Son como voyeurs, espías de una organización, que concierne en su vigilancia a todo el que tenga un comportamiento paralelo al suyo. (¡Ni que fuéramos de otro mundo!). Seguramente luego le dirá a mi madre que estoy otra vez yendo a la manzana enemiga.

La casa de Bob se alza en la misma esquina que la casa de Terry en mi manzana, en la otra punta. Mientras camino a su casa, siempre miro a mi alrededor maravillado, envidioso de que en solo unos cincuenta metros alejado de mi casa la gente sea tan... no sé como podría llamarlo. Normal. Si, normal. Desde la acera se ven dentro de los salones familias viendo la tele, niños en los jardines jugando, de las ventanas altas salta hacia el exterior música y voces despreocupadas siguiendo la letra. Sin vergüenzas. Sin nada que esconder. Desconocen lo que es vivir al lado de una oreja que apunte todo lo que haces.

Como dueños de un espíritu liberal, en esta manzana (Digna de clasificarse como otro planeta desconocido) la gente se expresa de forma distinta, sin tapujos. No conozco a demasiados, solo lo que Bob me cuenta de ellos, pero por la forma que lo pinta, son personas naturales. Felices cuando el momento es feliz y nadie interviene en ese momento. Tristes

cuando los obstáculos de la vida se presentan y se acaban sus fuerzas para afrontarlos.

Por agregar un ejemplo más exacto, la madre de Bob es artista. Sin más deber que criar a sus hijos y cuidar de la casa, en su tiempo libre pinta cuadros. Creo que lo llaman "Arte contemporáneo". Bob dice que su madre derrama pintura sobre lienzos de forma aleatoria y después le da significado. Yo pienso que utiliza su tiempo libre en sí misma, no en hurgar en la vida de los demás. La he visto pintar en su jardín, y pienso que sus obras representan algo más que manchas singularmente aleatorias. Su padre es arquitecto y pilar maestro de la economía en su casa. Aunque esté muy ocupado (Más que mi padre) tiene tiempo para jugar con Bob al ajedrez, o para colgar los trabajos de su mujer por la casa.

Antes de llegar a casa de Bob, un detalle nunca pasa desapercibido a mis ojos. En la casa marrón que está pegada a la de Bob, un San Bernardo siempre sube sus patas a la valla que lo aísla del mundo, y saca la cabeza todo lo que le es posible para mirarme pasar. Es un hecho comprobado que me huele a distancia. A ese perro no le llama nada más la atención que mi aparición. De vez en cuando me "ladrulla". Es entre un ladrido y un aullido, un sonido extraño al que he nombrado "ladrullido". Allí estaba subido a la valla mirándome pasar. Yo le saludo con la mano y él se queda mirando, serio, con la boca cerrada (Cosa rara en un perro).

Bob, a diferencia de los muchachos que habitan mi manzana, es despreocupado a grandes rasgos. Le gustan los juegos clásicos, como el backgammon, el ajedrez, las damas, el dominó, las cartas, de vez en cuando los dados y sus variantes reglas. Lleva gafas. Lee cómics, no libros como yo. Tiene diecisiete, un año más que yo. Escucha música de los cincuenta y sesenta. Algunas veces de los setenta y ochenta aunque no lo admita en mi presencia, pero he visto vinilos en su cuarto, prueba irrefutable. Cabezón. Sin imaginación alguna, motivo por el que creo que no lee novelas. Nunca le ha faltado de nada, como a todos en el pueblo, pero

tampoco pide mucho de sus padres, lo que lo hace raro en este pueblo lleno de mimados, y parecido a mí. No nos gusta gastar en cosas inútiles. También cabe resaltar que tarda mucho en hacer las cosas. No lo hace queriendo, se deja la vida y parte de la próxima en cualquier movimiento o decisión, no os hacéis a la idea de lo que duran las partidas de ajedrez.

Es la cuarta vez que llamo al timbre.

La quinta.

La puerta se abrió, y Bob asomó la cabeza fuera mirando a todas las direcciones menos a la puerta de la valla blanca, que es donde yo esperaba impaciente a que abriera.

Pareció darse cuenta de que era yo.

Eh, que bien que has venido- Me dijo bajando con las llaves.

Hoy estaba desesperado por salir de casa.

Normal...normal, oye tengo que enseñarte algo.

Entré hasta el recibidor donde colgaban sombreros, americanas, gabardinas y abrigos al entrar. Eso en mi casa no existe. A mí me fascina ver el interior de las casas y comprobar que la decoración y el orden es totalmente diferente. Nunca encontraré una casa igual que otra. Un hecho especial para mí. No suelo meter las narices en cosas ajenas, pero si pudiera entraría en todas las casas para ver su interior, su decoración.

Bob cerró y se adelantó a mi marcha. Lo seguí subiendo las escaleras. Se podía escuchar desde el quinto escalón música desde arriba. Era el Pop-Rock indie que suele escuchar su hermana. Oh, es verdad, un detalle que he dejado pasar y no por ello con menos importancia. Guardo un gran amor platónico hacia la hermana de Bob, Stacy. Bob no lo sabe.



Tiene veinte años y nunca se fijará en un chico de cuatro años menos. Sería delito creo. Pero la primera razón es porque tiene cuatro años más, yo soy un niño a su lado. Por eso es mi gran amor platónico. Es rubia pero se tiñe de negro, cosa que me resulta ilógica, pues rubia esta encantadora. Todos los veranos me subo a mi desván, y con prismáticos, desde una ventanita, la veo cuando lee en el jardín fumando, mientras le cae el agua de los aspersores. Siempre me preguntaré que es lo que lee, cual es su autor favorito. Mi hermano me descubrió entre carcajadas un día mientras la observaba. Nunca ha parado de burlarse desde entonces. Dice que me gusta una "freak". Desconozco el significado de esa palabra. Él afirma que cuando sale por la noche a dar vueltas con el coche de su amigo, siempre la ven sentada encima de una camioneta abandonada en un descampado, cerca de las afueras del pueblo.

Bob la odia, tienen una relación de hermanos existente únicamente en palabras, palabras que salen por obligación. Como: "No toques mis cosas o te mato" o "Sal del maldito baño de una vez" o "Idiota, mamá te está llamando".

Espera un momento - Me dijo Bob mientras entraba en su cuarto.

De acuerdo - Me preparé para esperar una eternidad, intentando de mientras, mirar a su hermana por la pequeña abertura de su puerta.

Es solo un momento - Dijo de repente.- Hoy bajaremos al sótano.

Mi atención cambió hacia lo que Bob buscaba. No había visto su sótano en todo estos años de amistad que compartíamos. Antes de que entrara a su habitación, él salió con una caja perfectamente cuadrada de color blanco y bajó las escaleras.

Ven, rápido. Te va a chiflar una tonelada esto.

Contaminado de curiosidad seguí su espalda hasta el sótano mirando los cuadros de su camisa.

Dentro, comencé a mirar cada rincón. No era el típico sótano con las paredes a medio terminar, éste tiene paredes grises, lisas, y adornadas con cuadros de su madre. En cada rincón había cuadros. Al bajar las escaleras encontré de frente cajas marrones típicas de mudanza, rellenas con lo que serían adornos sobrantes, ropa de invierno quizás, o juguetes de bebés ahora inútiles para sus hijos. Este sótano no tenía escalera que comunicara al jardín como en mi casa, en cambio esa pared tenía manchas de distintos colores de lo que parecía óleo y lienzos apoyados en su haber. Sería el lugar donde trabajaba su madre cuando no lo hacía en el jardín. Las dos paredes restantes no se veían a causa de estanterías abarrotadas de más cajas marrones, objetos raros sin utilidad para mí e importancia para ésta familia, y una televisión señalada por Bob.

Han puesto una tele aquí- Dije esperando su continuidad.

Si, pero eso no es todo. ¿También con reproductor de VHS!- Dijo Bob señalando el aparato alojado encima de la televisión.

¡Vaya! Esto solo puede ser obra de tu padre. ¿Verdad?- Dije sonriendo. De verdad que me contentaba poder ver películas en ése trasto. Mi abuelo se había adueñado del que había en mi casa.

En efecto. Tendríamos que hacer una estatua en su honor.

Riéndonos, Bob abrió la caja que había traído, y como intuía estaba llena de cintas negras. Había de muchos géneros, pero por inercia me acerqué a los ojos la de Alien. Antes de que leyera la sinopsis Bob me la quitó de las manos.

En efecto. Yo también quiero ver ésta.

Con tantos avistamientos de ovnis en este pueblo, tendremos que estar preparados- Dije sonriendo.

Bob se reía mientras subía las escaleras con prisas, poseído por las ansias, y desde arriba, casi sin que pudiera entenderlo, dijo como un niño de ocho años:

¡Eh, ni se te ocurra empezarla sin mí!

Eran las 19:47. Nos habíamos atiborrado de pasteles y bombones de Glassy Ladyes, una panadería y pastelería famosa en mi pueblo. Probando un bocado sabías que no faltaban razones para su buena fama. Después de dos películas, el claustrofóbico terror de Alien y un tedioso Western (Magnífico para mi abuelo seguramente), empezamos una partida de ajedrez. Una de las tantas partidas infinitas, pero condenadamente entretenidas, que desafiaba en cada movimiento a pensar con detenimiento si lo que hacías sería correcto después. Hasta que me acordé de visitar a Terry.

No podía volver tarde a mi casa por la estúpida norma de la cena, cosa que mi madre se toma muy enserio y prepara con mucho esmero. Ni podía avisarle de que comía en una casa de la manzana enemiga. Ni mucho menos de que comía en casa de Terry. Sería algo así como: "¿Tú? ¿Comiendo en casa de esos inadaptados liberales? No señor" o también... "¿En casa de El-sin-remedio? ¿Es que te has vuelto loco como él?". Imposible de convencer.

Le dije a Bob que me tenía que ir. Buscó una libreta y dibujó las posiciones de cada ficha en el tablero. Me guardé la hoja para cuando volviera a su casa, mañana o pasado mañana, remontáramos la partida, como de costumbre. Me acompañó hasta la valla blanca de su casa y cerró con llave. Dudoso o tal vez envidiosamente posesivo me preguntó a dónde iba tan temprano. Cuando le respondí con sinceridad llovieron los comentarios y preguntas típicas.

"A casa de Terry"- Repitió.- Terry el loco, ¿Por qué sigues yendo a su casa? ¿De verdad te interesan las cosas que dice? O ¿Te burlas de él?

Siempre me ha llamado la atención, además se muy bien lo que me hago.

No te molestes hombre- Dijo rápidamente, intentando arreglar algo que no existía.- Lo digo por tu bien. A ver si me entiendes. Creo que pierdes el tiempo. Pienso que ganas más leyendo de tus libros. Al menos su contenido está revisado por otras personas, no como la cabeza de Terry- Añadió sonriendo.

Puede que esté loco y puede que no, algunas cosas que investiga y que escribe son interesantes. Otras son influyentes. Y otras aunque no lo creas, describen hechos que ignoramos- Bob asentía. Yo sabía que no me hacía ni caso en realidad.- Los innovadores nunca son bienvenidos, hasta que se les necesita.

Caminando hacia casa de Terry recordé el día en el que llevé a Bob a su casa. Estuve escuchándole y viendo fotos. Bob ojeaba una de sus libretas cuando de repente, a mis ojos, vi como su tono de piel se volvía más blanco de lo normal. A los pocos minutos me pidió con señas que nos fuéramos. Una vez fuera me dijo que era un perturbado y que no entraría nunca más en casa de Terry.

Desconozco que vio Bob en esa libreta ese día. Nunca se lo pregunté, pero se de antemano que no me respondería sinceramente. Su cara reflejaba verdadero horror. Bob, a mi juicio, es una persona con poca imaginación como ya he dicho antes, y cosas de este tipo lo sacan de su elemento. Es esa clase de persona que evita preguntarse dudas existenciales que no tienen respuesta lógica, o hechos anormales que rozan lo inexplicable. Lo quema por dentro. Le causa terror y desconcierto. Es esa clase de personas que necesitan las cosas ya pasadas por un colador moral. Cosas simples. Yo intento no tocar diversos temas cuando hablamos por no verlo incómodo. Incluso viendo Alien

tenía cara de no aguantar ni un minuto más de terror al ver los bichos negros, que por inercia e imaginación, le sobrevienen a cualquiera un huracán de preguntas del tipo: "¿Existirán esos bichos por ahí en el espacio?", "¿vendrán a comernos algún día?", "Si no tienen ojos ¿Cómo demonios ven?"... En definitiva Bob estaba muriendo por dentro.

Antes de ir a casa de Terry doy varias vueltas a mi manzana. Busco las miradas que flotan en el aire, que pinchan como un dardo cuando te identifican. Había ancianas en los porches susurrándose y riendo. La vecina de Terry, la señora Mary Cole, sin pudor me miraba fijamente, fumando apoyada en la ventana. Las ancianas no se percatarían de mi existencia, el problema era que la señora Cole (Experta y desvergonzada espía) telefonaría a mi madre desde la mismísima ventana, en el preciso momento que estuviera entrando en casa de "El-sin-remedio".

Salté a mi jardín, y al de la casa siguiente, hasta llegar al de Terry, mirando escondido entre setos y rosales, por si en el pentágono quedaban cotorras criticando hasta el color de unos cordones. Lo vi en la cocina, por la ventana del lavadero que da a su jardín. Toqué la ventana con dos golpes separados. Terry miró a la ventana casi de inmediato, con un giro de cuello comparable al de un gato, y después de sonreírme se acercó despacio a la puerta.

Para disimular, abrió de golpe la puerta maldiciendo a un supuesto gato callejero que había entrado en su casa, "¡Maldito felino! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!", y sonriendo por su actuación me empujaba dentro diciéndome en voz baja, "Pasa, pasa. Sube al desván". Entendía a la perfección los protocolos que mi hermano y yo utilizamos. Es maestro en el arte de despistar a los vecinos.

Cuando pasé por la cocina vi que estaba preparando té. Un té que compraba por correo a una compañía importadora de té indio. El aroma era mejor que cualquier perfume. En el sofá del salón dormían y se aseaban tres de los cuatro gatos que tiene Terry. A

pesar del papel desempeñado hacia los vecinos, ama y admira a los gatos. Tiene dos hermanos siameses recogidos de la calle en uno de sus viajes para entrar de oyente en una universidad, una gata blanca que un día apareció en su casa durmiendo con los demás, y el más viejo, un gato negro como un puma, excepto por un círculo blanco en la coronilla, regalo de su tío hace nueve años, cuando se marchó para no volver nunca más.

La casa de Terry no tiene decoración, suprime en gastos inútiles para dirigir su dinero a sus investigaciones y al sustento. Los niños que crecen en este pueblo, aislados voluntariamente del exterior sin deseos de conocer más mundo, se dividen a mi parecer en dos tipos de holgazanes, como dirían los mayores. Los que miran la televisión a todas horas, y por alguna especie de hipnosis compran todo lo que se anuncia en ella, sin necesidad ni interés. Terry me explicó a que se debe este fenómeno, pero eso no viene al caso ahora. Y la segunda parte de holgazanes desarrollan hábitos sin falta de dinero, es más, economizamos en todo lo posible. Está claro que me declino a la segunda parte junto a Terry, mi hermano y Bob. Buscamos cosas por instinto, sin ambiciones ni vistas al futuro. Vivimos tranquilamente, cosa difícil de comprender en este pueblo.

Subí por las escaleras al segundo piso acompañando por uno de los hermanos siameses, que me siguió desde el salón ronroneando y restregándose a mis piernas. Nunca los distingo. Uno se llama Ra y el otro Osiris. Éste que me acompañaba se detuvo en la cima de la primera escalera abandonándome, pero me vigilaba mientras subía la pequeña escalera del desván.

Hace unas semanas que no visitaba a Terry. Rara vez subía a su desván, ocasionalmente cuando me recomendaba un libro y lo acompañaba a buscarlo. Ahora el desván era irreconocible. El estante de libros no estaba, supuse que Terry lo habría bajado para ganar espacio, y en efecto lo había conseguido. En su lugar se encontraba un escritorio, y a la derecha de éste, se extendía hasta la pared un armario hecho de mantas rojas. Caí en la cuenta de que se trataba de un

improvisado cuarto oscuro para el revelado fotográfico, y que las mantas eran rojas a causa del foco. Encima del escritorio, en la pared, había un rectángulo de corcho con fotos y notas clavadas. Y otros dos aún más grandes, uno en la pared paralela y otro en la del fondo.

Algunas cosas no cambiaron. Seguía su telescopio parado a un lado de la ventana, pero ahora con más amigos. En cada pared había un nuevo telescopio, o lo más parecido a uno, descansando con su ojo tapado. Me acerqué a uno de los nuevos ojos metálicos preguntándome para qué quería Terry tantos. Pronto me di cuenta de que estos nuevos observadores no tenían nada que ver con un telescopio, la lente no estaba hecha para lejanas estrellas. Frente a ellos, de la pared, colgaba un hilo. Me disponía a tirar de el, pero me retracté pensando que estropearía algún trabajo de Terry. De todas formas mi curiosidad no duraría mucho, pues él subía por las escaleras con té, galletas, y todas las respuestas.

Desde la oscuridad que florecía sin luz detrás del hueco de la escalera, salió el otro siamés andando lentamente y se desperezó estirando las patas traseras mientras me miraba con los ojos entrecerrados. Brotó en mí una sonrisa y caricias. Es graciosa, al igual que en los perros, la expresividad de los gatos, aunque, muy distintos a los despreocupados perros, los gatos suelen guardar cierto talante de elegancia, y a veces, hasta vergüenza.

Detrás de Terry subía el segundo siamés.

Terry, ¿Qué es esto?- Pregunté señalando el hilo.

Oh, tira de el. Sin miedo. Descúbrelo tú mismo- Dijo sonriente.

Al tirar del hilo un trozo de madera se quedó colgando en mi mano, era un círculo perfecto. Miré por el agujero en la pared y vi el exterior. Era inevitable preguntar, pero Terry se adelantó.

Te habrás fijado en estos nuevos aparatos, ¿Verdad?

Terry, me tienes entre dos incógnitas.

Pues voy a borrarlas- Dijo dejando la bandeja encima de una silla.- Me encontré en la basura del pueblo unos prismáticos partidos por la mitad y enseguida vi su utilidad pegada a mis estudios. Necesitaba inventar nuevos telescopios con una vista no tan lejana.

Creo haber visto en tu libreta de "Planes" algo acerca de estos agujeros. Estaban junto a "Los ruidos sin importancia".

Exacto. Adjunto a ese proyecto- Dijo apoyando una mano en su nuevo ojo.- Compré con dinero ahorrado objetivos japoneses por encargo y los pegué a los prismáticos. Después solo tuve que montarlos a un trípode. ¡Y Voilá!

Vaya Terry... Nunca sabré con exactitud a cuantas cosas te dedicas. ¡Pero todas se te dan de miedo!

Jajaja Gracias. Permíteme- Dijo acercando el ojo al agujero.

Una vez acomodado en el agujero, Terry se apartó y con una mano me invitó a probarlo. Encajaba perfectamente. Pude ver la fachada de la casa de enfrente casi por completo. Las ventanas de la cocina, la ventanita del desván de enfrente y parte del jardín también. Terry me enseñó a mover el ojo rápidamente. Era sencillo, pero no alcanzaba a mirar mucho por los costados. Comprendí que se debía a lo pequeño que era el agujero.

¿Por qué no un agujero más grande?- Pregunté.

No quiero que los vecinos sepan que los espío. No soy tan desvergonzado como ellos. Además de que interrumpiría la investigación y su naturalidad si lo supieran.



Seguí mirando. Aprendí que girando una perilla del objetivo podía mirar más lejos. Era alucinante. Seguramente más aún para las vecinas. Harían lo que estuviera en su mano por tener un ojo como este. Tapé el agujero con el trozo recortado y me senté con Terry.

Para mi sorpresa no eran galletas lo que acompañaba el té. Parecían frutos secos, pero no los había visto en mi vida.

Un cocktail japonés. Es un aperitivo. Son frutos secos diferentes a los que estamos acostumbrados a ver- Me dijo Terry cuando me vio analizando uno.- Pruébalos para separar los que no te gusten.

No hizo falta separarlos. Me gustaron todos. Mientras hablábamos no paraba de manotear el bol. Al llegar a casa no tendría hambre seguro, pero eran extremadamente adictivos. Mezclaba lo salado con lo picante y toques dulces. Terry me dijo que pidió una caja, aprovechando los gastos de envío junto a los objetivos.

¿Qué tal el nuevo desván?- Me preguntó extendiéndose en la silla abriendo los brazos.

Me parece una buena obra y tal... Lo has montado todo muy bien, Pero, ¿No es algo parecido a un delito? Lo veo lejos de tus principios...

No, nada de eso. No tiene nada que ver con lo que ellos hacen. Yo lo hago para investigar, no para fisgonear- El gesto de Terry cambió en un momento.- Me crees, ¿Verdad?

Claro, te conozco bastante bien. Diría que más que cualquiera del pueblo. Solo que no sé por dónde va tu intención esta vez.

Terry asintió y se levantó de la silla tomando una pequeña libreta del escritorio.

Ven, te explicaré un ejemplo simple, pero revelador-  
Dijo dirigiéndose a la pared del fondo.

Lo seguí hasta estar frente al corcho, donde se detuvo a buscar algo en su libreta. En el minuto que tardó en buscar la página visualicé todas las fotos. Estaban colocadas en un orden preciso, meticulado, puedo decir que cuadriculado con regla. Eran sucesiones de distintos vecinos ordenadas cronológicamente con posits, cada sucesión con su respectiva hora. Parecían animaciones que podían moverse si ponías una encima de otra y pasabas rápido con ayuda del pulgar; como los pequeños dibujos que hace Bob en la esquina de los libros. Como si de fotogramas se tratase, una película de los vecinos.

Aquí. Si, es ésta página. 15:20. Aquí tenemos a Gloria. La vecina del violinista, a dos casas de la tuya- No faltaban explicaciones, conocía a esa espía de sobra.

Si. Está sentada bajo el porche del jardín- Expliqué la foto.

Bien. Dos fotos después se levanta, y entra en la casa.

Todavía no podía entender lo que me decía Terry. En las siguientes fotos estaba en la cocina, y después volvía a sentarse en el porche. Nada de esto era una investigación a mis ojos.

Gloria se levanta y va a su cocina- Dije alentando la continuidad.

¿Y qué es lo que hace?

Pues... Prepararse un té, o café, o algo parecido- Respondí desconcertado.

Exacto. Y yo hacía lo mismo cuando experimenté con ella. Tomaba un té- Miré a Terry buscando el sentido a todo esto.- Cuando acabé el té, pensé detenidamente que el tintinear de la cuchara contra una taza es un

ruido sin importancia. Uno más de los miles. Un ruido, que a mi juicio, demuestra algo vacío, algo que ya no existe. Pero también, es un ruido de elaboración.

Llegado a este punto, Terry paró su relato y caminó hacia el agujero que mira hacia el porche de Gloria, llevándose mis ojos junto a toda mi atención.

Busqué por todos los agujeros un vecino. Un ratón de laboratorio para mi idea- Continué con el relato, mirándome desde la pared.- Vi a Gloria. Apliqué la cámara al ojo. Pero antes de pegarlo al agujero, saqué la pequeña taza hacia el exterior por el agujero, y desde dentro provoqué el tintineo dando golpecitos con la cuchara- Era teatral su explicación. Creo desde siempre que Terry sería un gran actor.

No digas más- Interrumpí excitado.- ¿Se levantó y fue a prepararse algo para tomar? ¿Por un ruido?

Tan rápido como alma que lleva el diablo. Tuve que colocar la cámara a toda velocidad para fotografiarla.

¡Terry esto es una locura!- Dije riendo.- La señora Gloria es como los perros y ese chisme que hace clicks para que den volteretas.

Imagínate mi sorpresa- Dijo entre risas.- Y eso no es todo. Ni siquiera calentó agua para beber algo caliente. Parecía inquieta, no podía esperar. Se preparó algo lo más rápido posible. Una limonada. Y aunque en la foto no se distingan bien, ni la cara ni la limonada, su cara era todo un cuadro, con ansias, como necesitada de el ruido, imitando el tintineo. Sentí que tenía un mando a distancia.

Después de reírnos un buen rato seguí mirando las fotos, buscando sucesiones raras y completas, porque algunas de las siguientes por las que preguntaba a Terry, él decía que no tenían una solución notable, no tenían un fin. Me dijo que no estaban terminadas, que eran solo impresiones. Las finalizadas tenían un positrojo pegado detrás de la última foto. Una de ellas me llamó la atención por lo repetitiva que era. Esta vez

el objetivo era el viejo y cansado marido de la señora Cole, que se sentaba en una tumbona a leer el periódico siempre antes de almorzar. Ese pobre hombre trabajaba sin parar en las obras del pueblo, con los años había desarrollado en la espalda un nuevo músculo sin nombre todavía. Yo creo que es un músculo nuevo, una mutación, pero esto no es lo que venía contando.

Terry, ¿Cuál es el misterio en el marido de la señora Cole?

Vaya, ese fue de lo más casual. El primero de todos. El que me animó a llevar este proyecto a cabo.

Es más simple que los demás, ¿No?

Pues si. Así a primera vista, todo parece simple. Pero, aunque no lo creas, es difícil encontrar algo tan simple.

La sucesión mostraba al señor Cole leyendo, rascándose la cabeza canosa, leyendo otra vez, y volviéndose a rascar. Así tres veces seguidas. Supuse que Terry lo repitió para asegurarse.

Agujereando la pared y montando el esqueleto de madera del armario de revelado vino el ruido sin importancia.- Comenzó Terry.- Cuando el agujero estaba hecho comencé a lijarlo, y cada vez que soplabo el polvo y las virutas miraba fuera, por inercia, al señor Cole rascándose.

Esto de los ruidos se está volviendo inquietante.

Inquietante y angustiante. Empezó a parecerme demasiado raro lo que veía. Pensé: "O ese hombre tiene un serio problema en el cuero cabelludo, o algo influye en él". Quiero decir... era imposible que se rascase tantas veces. Me di cuenta al instante, la idea me sobrevino como un chispazo. Ni bien terminé coloqué la cámara y desde la ventanita del desván imité el ruido friccionando un papel de lija contra otro. Volví rápido y apreté el botón para que la cámara tomara fotos en ráfaga.

Ya era tuyo- Agregué.

Si... bueno, tenía que asegurarme y era el momento del día exacto. No te imaginas lo mal que me sentí abusando del pobre señor Cole. Cuando revelé las fotos y vi que tenía tantas tomas colgué varias. Por eso parece repetitivo.

Miré la hora. Eran las 20:53. No podía volver más tarde, la hora punta para mi madre eran las 21:00, media hora después de que mi padre volviera de trabajar y terminara su baño. Un baño de sales y no sé qué productos más recomendados por el médico para la relajación. Mi hermano piensa que es otra cosa lo que demora y relaja su baño.

Le avisé a Terry de la hora junto a mi marcha. Se apenó de veras. En realidad yo más que él. El cocktail japonés me cautivó como las piernas y el pelo de Stacy. Me imaginé a Stacy con un kimono, las japonesas con kimono se ven muy atractivas, y el pelo negro a Stacy le daba el toque perfecto para llevar uno. Terry mató mi fantasía sorprendiéndome.

¡Ah! Mi memoria. Casi me traiciona. Tengo algo para ti.

Bajó la escalera del desván rápidamente y yo le seguí junto a los dos siameses, uno a cada lado. Ya en el segundo piso, entró en una habitación del lado izquierdo. En esta habitación, desprovista de mobiliario también, se encontraba el estante lleno de libros que una vez habitó el desván. Sospeché que Terry gastó una gran parte de los ahorros, pues en el suelo se apilaban libros que no había visto nunca y revistas en otros idiomas. El gato negro con el halo blanco en la cabeza entró lentamente. No recuerdo su nombre.

Terry las revistas no están en nuestro idioma...-  
Esperé y continué a falto de respuesta.- ¿Como las..?

Ah, si- Dijo Terry girando rápidamente la cabeza.- Me las recomendaron en la universidad, junto a ellas están los diccionarios- Señaló justo a mi lado.- Así de paso aprendo idiomas.

Los diccionarios estaban allí. Árabe, Ruso y (cómo no) Japonés.

Eres un maldito cerebro que siempre tiene hambre. Un ávido lector. Me gustaría saber todo lo que sabes.

Oye, que tu para tener dieciséis tienes mucho interés, años por delante y una visión muy abierta- Sentí un ápice de ilusión en sus palabras.- Ya querría yo haber empezado a leer cosas así a tu edad... Cuando traduzca las revistas te las presto.

Genial. ¿Has gastado mucho de los ahorros verdad?

Terry se levantó con una revista en nuestro idioma y una de sus libretas negras. Las dejó en mis manos y contestó con una amplia sonrisa.

He gastado menos de lo que esperaba. Y he adquirido libros y revistas con cabeza. Y bueno... ayuda de algunos estudiantes.

El dinero que utilizaba con minucioso cuidado era herencia de su abuelo. Cabe por aquí explicar lo poco que se de su familia. No habla mucho del tema, ni yo lo incito, pero hablando durante el tiempo que forma nuestra amistad, poco a poco voy enterándome. Sé con seguridad que vivía con su abuelo por parte de padre, su padre, su madre y su tío por parte de madre. Su madre falleció, causa por la que su padre cayó en la bebida y fue desterrado de la casa. Su abuelo protegía a Terry como un hijo suyo y no quería esa influencia en su casa (palabras de su tío). Su tío Charles, acogido en la familia cuando su hermana aún vivía, se ganó un puesto de mucha responsabilidad en la familia con la marcha de su cuñado. Sin quejas, con amor cuidó de Terry y su abuelo hasta que éste murió. Para sorpresa de Terry, en los últimos años de vida, consciente de que su fin era cercano, el abuelo vendió

sus posesiones y lo nombró como único heredero de todo el dinero obtenido. Su tío también reunió una gran suma para él, hasta que se marchó, hace nueve años, dejando a Terry con diecinueve, a cargo de la casa, de un gato y de su propio cuidado.

Bajamos hasta la puerta trasera. Terry sacó la basura del fregadero.

La revista habla de hechos paranormales y en la libreta hay notas mías acerca de los hechos, además de algunas notas que tomé en una charla con compañeros de la universidad.

Copiaré lo que me parezca más interesante y te la traeré de vuelta. En menos de dos días. No notarás que falta.

Tómate tu tiempo. Yo te esperaré con frutos secos japoneses- Dijo andando con la bolsa de basura por la cocina.- Adelante, te acompaño fuera. Salgo yo primero por si hay entrometidos vigilando.

Terry salió por la puerta. Miró bastantes veces, de forma panorámica, con mucho detenimiento. Me hizo una señal con la mano y salí fuera. Parecíamos un grupo de fuerzas especiales, como los que entran en boquetes y bunkers, a señas de dedos y puños, matando secuestradores, salvando niños en apuros a punto de recibir abusos. Una vez fuera miré rápidamente alrededor. No había ni secuestrador ni niño llorando. En cambio, noté que el cielo oscurecía tardío, a causa del verano todavía se podía ver algo celeste muy a lo lejos, decreciendo en amarillo opaco, contrastando el borde negro del planeta.

Antes de saltar a los límites de otra casa escuché en voz baja a Terry, "Cuidado con los perros, espía infiltrado". No pude evitar sonreír solo encima de la cerca, pero no tardé en volverme serio al saltar a la otra casa, comprobando rutas por las que no sería perceptible. Crucé hasta el otro extremo encorvado y veloz. Escuchaba cubiertos rajar los platos. Salté y crucé dos casas más del mismo modo, llevándome conmigo

el ladrido de los perros, y por fin llegué a mi jardín.

Encima del césped, al fondo del jardín, había largos tablones de madera. Me acerqué confundido y curioso. Había otro más de color blanco, igual que la cerca que limita mi casa de las demás.

Sin entender ni jota entré en casa por detrás, como cuando visito a Terry. Me quité los zapatos en el lavadero para eliminar ruidos y después de adivinar por las voces la ubicación de mi madre subí rápido las escaleras. Estaba en la cocina discutiendo con mi padre algo de irresponsabilidad y abandono.

Antes de abrir mi puerta escuché un "Eh, ladrón" viniendo del cuarto de mi hermano. Dejé la revista y la libreta en el cajón del escritorio y los zapatos debajo de la cama. Asomé la cabeza por la puerta de mi hermano. Estaba leyendo un libro bien gordo y marrón.

Ahora vuelvo espera- Le dije en voz baja.

Fui al baño y me lavé las manos y la cara a fondo. Tenía en el antebrazo derecho un rasguño. Pensé que saltar tantas cercas inundadas de enredaderas tendría algún inconveniente. Me revisé las piernas, y vi otro rasguño un poco más grande que cruzaba los gemelos de mi pierna izquierda. No sabría que responder si a alguien le diera por preguntar. "Ah, ¿éso? Pues nada, que saltaba de jardín en jardín y...". No. Podría decir que estaba jugando en las afueras, poco convincente, porque quien me conoce sabe de sobra que jugar en las afueras nunca fue de mi preferencia a la hora de entretenerme.

Volví al cuarto de mi hermano.

¿Se puede saber qué ha pasado?- Dije cerrando la puerta a mi espalda.

Simple. Que tienes un hermano al que le debes una.

Bien... Pero explícame lo de hoy.



Verás, nuestra santa madre decidió hace poco más de una semana construir una puerta de entrada al sagrado pentágono. Encargó el material, que llegó hoy por la mañana, ¡Y cómo no! va a obligarnos a ayudarla. Bueno... ya me ha obligado a mí, tú te has salvado. ¿Gracias a quién?- Preguntó abriendo bien los ojos.

A ti...- El asintió y volvió a posar los ojos en su libro.- Gracias, de verdad.

Venga, comienza a inclinarte ante mí. Fue una tortura Kurt- Ése es mi nombre. Mi hermano llama a todos por su nombre. Incluso a nuestros padres. Y a los camareros de los restaurantes y cafés.

¿Que tuviste que hacer?

En realidad poco- Volvió a mirarme con una sonrisa irónica.- Margaret empezó a pintar y le dije: "Bueno, ¿De qué sirve ahora? Podrías pintarlo después cuando esté montado". Volvió a gritar y empezó a dar martillazos al aire y algún que otro a la madera, pero ninguno al clavo, así durante diez minutos- Melvin siempre me hacía reír.- ¿Te hace gracia, eh? Pues yo no me reía, el que trabajaba era yo, Margaret hundía un clavo y hablaba con una vecina. Clavo, vecina. Así hasta que me harté y me encerré en mi cuarto ignorando sus gritos.

¿Y qué pasa con papá?

¿Will? Se está comiendo su ración. Ahora te tocará a ti por prófugo.

Esto será difícil de explicar. El protocolo para la cena que tenemos ensayado y estudiado es totalmente diferente al del almuerzo. El almuerzo no es obligatorio por parte de mi madre, con excepciones como los días importantes o tradicionales. Los días importantes suelen ser solo importantes para ella. El almuerzo tiene lugar en la mesa de la cocina, pero la cena puede ser donde plazca a cada uno, aunque es en nuestra habitación por costumbre, dejando a mi padre y

a mi madre en su teatro. Bajando las escaleras juntos, después de escuchar el horno apagarse, Melvin me dijo al oído: "Te toca". Ésto significa que yo sirvo los platos y él se encarga de servir lo que cada uno vaya a tomar, y subirlo después a la habitación del otro. Nos vamos turnando.

Ya podía escuchar la conversación antes de bajar los últimos escalones.

Melvin estuvo ayudándome, ¡Pero no era suficiente!

La próxima vez dejaré el trabajo y me dedicaré a ayudarte a decorar la casa. ¿De acuerdo?

No malinterpretes. ¡No soy tonta! Te pido un contrato de obra para una puerta, ¡No voy a construir una casa nueva Will!

Las exageraciones mandan entre las discusiones, detalle que no existe únicamente en las de mis padres, también es así en todas las casas, los he escuchado, sé lo que digo. Mi madre congeló el gesto al verme.

¡Aquí estas! Justo a tiempo, ¿eh? Qué casualidad- Me dijo entornando los ojos.

Pues si. Qué casualidad- Repitió mi padre en un intento de apoyar a mi madre.

Hola- Dije apunto de recibir el impacto.

Tu hijo se ha escapado hoy. Melvin es el único que ayudó- Se volvió mi madre a papá.

No Margaret. Tú ayudaste. Yo trabajé- Dijo Melvin abriendo la nevera. Siempre utilizaba las palabras a su favor, con velocidad pero tenaz.

Saqué dos platos de un cajón y los cubiertos de otro. Mi hermano ya estaba sirviendo Coca-cola en dos vasos.

Tenías que quedarte hoy a ayudar Kurt. ¿Dónde has estado?- Preguntó mi madre, seguramente, esperando una mentira.

¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho hoy hijo?- Preguntó mi padre con inocencia.

Me disponía a responder pero ya era tarde. Había pollo al horno para cenar.

Tu hijo ha estado en la otra manzana, con los liberales. ¡Ha saber que ha hecho!- Mi madre poco a poco perdía los nervios.

Pues, cosas de liberales- Agregó Melvin.

¡Ya está bien Melvin! A comer- Dijo mi madre por no mandarlo a callar.

Ya estoy subiendo. Ya estoy subiendo Margaret- Decía Melvin subiendo las escaleras.

¿Liberales?- Preguntaba mi padre al aire.- Liberales... Oye, jovencito, no estarás fumando con hippies.

Se escuchaban las carcajadas de Melvin desde las escaleras. Yo ya tenía los dos platos casi servidos.

Fui a casa de Bob, mi amigo de la manzana de al lado- Contesté a mi padre.

Otro holgazán Will- Agregó mi madre con un sentido desprecio.

Estaba viendo películas en el nuevo reproductor de vídeo que le ha comprado su padre- Continué contándole a mi padre.

El arquitecto- Dijo rápidamente.

Si. Mamá, el podría dibujar los planos de tu puerta.

Es verdad Margaret- Dijo papá.- Es el mismo que ha construido la plaza del centro y los dos nuevos hospitales.

Tú no lo apoyes Will- Dijo mi madre.

Me escabullí por la puerta y subí las escaleras hasta que me paró la voz de mi padre.

Oye, avísale a tu abuelo. Que baje a comer.

Si papa.

Le llevé el plato a Melvin. Me lo agradeció haciendo un círculo con el dedo índice y el pulgar. Dejé mi plato encima del escritorio, el vaso estaba ahí como mutuo acuerdo, con negra Coca-cola y chispas saltando al exterior. ¿Qué serán esas chispas? Alguien me dijo que es a causa del gas. Yo creo que algo se escapa de la Coca-cola.

Fui al cuarto de mi abuelo. La puerta estaba cerrada. Pensé que en un intento de insonorizar la habitación mientras veía un western. Lamentablemente no era así. El abuelo Ronald estaba sentado en la cama, de espaldas a la puerta, mirando por la ventana. Se limpió la cara rápidamente con un pañuelo y me di cuenta de que estaba llorando. No hay nada mas triste para mí que verlo mal a él, que tanto ha aguantado.

No lloraba montando un escándalo, era un sollozo tranquilo pero muy doloroso, tanto, que me transmitía esa pena a mí, aun sin saber que había pasado.

No tengo hambre...- Dijo con gran esfuerzo.

Me acerqué a su lado y me quedé mirándole. Sostenía una foto, que ahora, percatándose de una presencia a su lado, escondía debajo de la almohada, para que nadie más que él pudiera contemplarla.

Miró hacia mi cara y se dio cuenta de que era yo.

Oh... Kurt, hijo mio no sabía que eras tú.

¿Qué ha pasado abuelo?- Pregunté sentándome a su lado.

Es... Una desgracia pequeño, ha pasado una desgracia- Levantó la vista y con un brazo me arrimaba hacia él, mirando fuera por la ventana. Las cuencas de los ojos húmedas ahora brillaban.

Puedes... ¿Puedes contármelo?- Pregunté con inseguridad.

Enmudeció un momento mirando sus rodillas, hizo una mueca de verdadera angustia. Levantó la cabeza. Me miró.

Otro día Kurt. Otro día podré contártelo. Hoy sinceramente me es imposible.

Me levanté con desgana. No quería dejarlo solo así. Por nada del mundo.

Ve a comer hijo, tranquilo... estoy bien.

Salí de la habitación y cerré la puerta. Comí sin hambre, por pena y por una fusión de bombones y frutos secos japoneses. Creaba teorías acerca del estado del abuelo Ronald. ¿Qué ha pasado? Entendí que nadie más lo sabía. O quizás ahora se enterarían antes que yo de lo ocurrido cuando subieran con su comida. Tengo mucho respeto al abuelo, no voy a escuchar la conversación si se lo cuenta a mi padre.

Terminé de comer y bajé el plato junto a los cubiertos y el vaso para ponerlos a lavar. Mi padre estaba en la mesa comiéndose un flan y mi madre secando y acomodando los últimos platos.

¿Qué le pasa al abuelo papá?

No lo sé Kurt, me ha mandado a paseo, y muy arisco.

Metí todo bajo el agua.

Mamá, ¿Mañana quieres que le pida al padre de Bob que dibuje unos planos?

No hará falta- Rechazó.- Tu padre mañana llamará a un carpintero para que vengán a levantar la puerta- Dijo contenta mientras lavaba.

    Mi padre, benevolencia en vida, terminaba su flan haciéndome gestos de cansancio que mi madre no podía ver.

Buenas noches- Anuncié mi partida.

    Eran las 00:35. Abandoné mis teorías acerca del abuelo y distraje mi mente con la revista de Terry. A la par, leía las notas de su libreta, numeradas paralelamente a las páginas de la revista. Terry tomaba notas de todo, con opiniones, contradicciones o escribía explayando la noticia y sumando a ésta más datos. La revista hablaba de los círculos en los campos de cultivo, y del fraude que nublaba este hecho paranormal. Decía que muchos artistas habían sido detenidos a media madrugada en el proceso de los círculos, y que era prueba de falsas declaraciones que nombraban a los aliens como supuestos creadores de las señales. Sin embargo, otros críticos opinan que la broma de algunos no quita lo imposibles que son algunos de estos círculos para que un humano los llevara a cabo. Inquietante.

    Sacándome a golpes de la lectura, los gemidos desde otra habitación rompían mi concentración. Era mi padre, a buena hora. Justo en el culmine de mi abstracción caía la película porno. Cada loco con su tema.

    Escuché unos pasos descalzos y mi puerta se abrió lentamente. Pude ver a mi hermano con una americana negra de cuero encima y los zapatos en una mano. Aprovecharía el momento para salir.

Felices eróticos sueños Kurt.- Dijo sonriendo. Y cerró la puerta.

Qué suerte y buen humor tiene. Algún día empezaré a escaparme con él por las noches. Mientras tanto, seguía con la lectura.

En la portada de la revista había un avión y un barco desvaneciéndose en el mar. Era el artículo más grande de la revista y por ello dueño de la portada. Hablaba del triángulo de las bermudas, que se encuentra en el mar atlántico, y cruza el trópico de Cáncer. Al parecer, misteriosamente habían desaparecido transatlánticos enteros en esa exacta ubicación. Venían escritas a un lado retransmisiones de barcos y aviones que, al pasar por esa zona azul del mapa, perdían todo contacto con la torre de control. Salían en su búsqueda aviones y helicópteros del ejercito y algunos no volvían. Era entretenido, que eso no os confunda, pero también un buen somnífero, pues el sueño me acariciaba y envolvía hasta que deje de luchar contra él.